

El gato embalsamado

Zomás Scasis

TRADUCCIÓN
Noemí Saura Rivas

Málaga, 2005
MIGUEL GÓMEZ EDICIONES



Título original: Ο βαλσαμωμένος γάτος

© Éditions Polis, 2005

© Zomás Scasis, 2005

© Noemí Saura Rivas, de la traducción, 2005

© Gómez & Navarro, Comunicación, S.L., 2005

Moreno Monroy, 5, 2.^a 29015 Málaga.

TEL./FAX: [34] 952 602 873

mge@miguelgomezediciones.com

www.miguelgomezediciones.com

ISBN: 84-88326-27-#

DEPÓSITO LEGAL: MA-###/2005

Impreso en España

Imprime: Gráficas San Pancraccio, S. L.

La Orotava, 17. 29006 Málaga

Diseño y maquetación: DSGN

A modo de prólogo

La historia que van a leer me la relató hace algunos años una vieja amiga, profesora de inglés en un colegio privado en un barrio residencial al norte de Atenas. Y a ella misma le ocurrió mucho antes de que por fin se decidiera a confiármela con todo lujo de detalles. Trata de dos mujeres que se conocieron el mes de noviembre de 1973, pocos días después de los sucesos de la Universidad Politécnica, se acercaron uniendo su soledad durante aquel frío invierno y se separaron al llegar la primavera. Una de ellas —mi amiga— estaba entonces en los primeros años de carrera. La otra, mucho mayor, era una viuda que vivía completamente sola en Marusi. Una persona bastante rara, a juzgar por todo lo que oí. Ninguna de ellas participaba en la oposición contra la dictadura, ni siquiera hablaban de política. Sus conversaciones giraban exclusivamente en torno al pasado de la una y al futuro de la otra.

La repetición de este relato que ha pasado por tres bocas —o, más bien, para ser exactos, dos bocas y una mano— hasta llegar al papel, así como los años que mediaron empañando la imagen, dificultan asombrosamente la versión exacta de los hechos y fomentan la arbitrariedad de la fantasía del narrador en los puntos decisivos. Por eso, sean indulgentes con él y si en alguna parte su fantasía quiere cubrir un vacío, añadir o suprimir, bienvenida sea. Adelante, pasen la página.

A

«Te había prometido hace tiempo que algún día te contaría la historia de la anciana de Marusi», me dijo mientras se dirigía al viejo secreter que utilizaba de escritorio. Abrió el último cajón y extrajo un gran sobre abultadísimo. De dentro se deslizaron otros, más pequeños, con vieja correspondencia. Se arrodilló en la alfombra, los removió un poco extendiéndolos a su alrededor con la palma de la mano y finalmente cogió un papel doblado en cuatro y me lo dio.

«Todo comenzó con este anuncio que vi en el *Acrópolis*».

Lo desdoblé y del interior cayó un recorte de prensa amarillento. El celo que lo sujetaba se había secado por completo y fue a parar al suelo tras él. Lo recogí y leí: *Anciana busca joven agradable y con estudios para dame de compañie. Pocas horas de dedicación. Salario excelente. Telf. ...*

«Lo primero que conocí de ella», continuó, «si es que puedo decir que llegué a conocer algo, fue su voz, que carecía del tono apagado y la inseguridad de los ancianos. Una voz más o menos joven, llena de resolución, me contestó al teléfono y me citó para la tarde siguiente. Esta discordancia entre voz y edad no me extrañó ni siquiera la primera vez que la vi. Mucho más tarde empecé a evocar todos los detalles de su personalidad y de su

comportamiento procurando encontrar una explicación lógica a lo sucedido. Una explicación lógica...», sonrió vagamente para sí, mientras sus manos amontonaban de forma mecánica los sobres en su regazo.

«En aquel momento, fue tan grata la sorpresa de que no tendría que tratar con una de esas viejecitas inválidas y enfermizas —como me había estado temiendo— que me pareció de lo más natural que aquella mujer escuálida con más de setenta años tuviese la vitalidad de una treintañera. Imagínate mi alegría cuando, en lugar de la viejecita quisquillosa que esperaba encontrar en el mejor de los casos, la viuda que hablaría sin parar de enfermedades y medicamentos, o la solterona con sus manías histéricas, conocí a una persona que desde el principio, a pesar de separarnos más de medio siglo, fue para mí como una amiga mayor».

Hizo una pausa y me miró, seguramente sin verme.

«Has visto, otra vez he dicho *conocí*. Y también he dicho que nos hicimos amigas. Quizás porque siempre creemos conocer bien a los amigos, por muy poco tiempo que haya transcurrido desde nuestro primer encuentro. Al menos así me parecía entonces y mentiría si lo negase. Incluso después de lo ocurrido los meses siguientes con el incendio como colofón, durante mucho tiempo sentí que había perdido a una amiga preciada, a alguien muy allegado. ¿Acaso se debía a la inexperiencia de la juventud? ¿A la soledad?».

Hizo otra pausa, se levantó, soltó las cartas encima del secreter sin recogerlas en el sobre grande y encendió un cigarrillo. Rechacé el que me ofreció y esperé en silencio a que continuase con la narración. Estaba claro que quería un oyente y no un interlocutor. Para eso me había llamado aquella cruda tarde de invierno, y no para una

de nuestras interminables charlas sobre lo más diverso. En cualquier caso nuestra larga amistad me ayudaría a contener la impaciencia y a representar con éxito el difícil papel de comparsa en una obra escrita para dos personas y una sola voz.

B

¿Cómo pude hacer semejante tontería?... Bendito sea tu ahijado. Que lo traía su madre hasta la puerta, a mi angelito, y después se quedaba fuera y lo esperaba... Una vez al año para la propina... Esa no se atrevía ni a entrar. ¡La sobrina segunda!... Ni al patio entraba siquiera... Sólo en una ocasión tuvo la desfachatez de plantármese delante en el rellano de la escalera... *¿Está el tío arriba?*... No hablé. Ni una sola palabra. Sólo la miré. Permanecí en el umbral, mirándola a los ojos en silencio hasta que soltó la mano del niño y salió del patio... Fue a sentarse en el poyete de la tapia. Cerró la puerta del jardín tras ella y esperó fuera. Mejor así... No dije ni una palabra. *¿El pobre qué culpa tenía?*... Todo el rato *madrina* y venga *madrina*... Una vez al año por las mil dracmas... Vestido de nuevo, lavado, limpio, con la raya hecha con agua a un lado... Rubio y de pelo lacio. Entonces y ahora que se ha hecho mayor. No se le ha oscurecido... Las huellas de aquella cara no se han borrado... Y ojos verde claro, como los tuyos... Alegre y comedido. Y preguntando a todas horas... *Madrina, ¿qué es esto? Madrina, ¿qué es lo otro?* Señalando con el dedo y queriendo tocarlo todo... Venía en pantalones cortos y sandalias. Y una camisita en invierno que te partía el alma... *¿No tenía para comprarle ropa? ¿Para que no se le amoratasen las rodillas del frío?*... Me dolía en el alma pero, *¿qué iba a*

decir?... *Se lo guardo en la hucha*, me aclaró un día que le pedí explicaciones. Por supuesto. Llegué a llamarla por teléfono. Para que veas cuánto quiero a ese niño... Por si le hacía falta alguna cosa. A él, no a ésa... Dio con aquel hombre compasivo y lo engatusó. Se casó con ella de bulla y corriendo y se mudaron de barrio. Dio a luz a tiempo, antes de que la gente empezara con los chismorreos. En fin... Ahora le va bien y se pasea con los bolsos colgados al hombro y las chinelas rojas... Acera arriba y abajo como si supiera que la estaré mirando a hurtadillas tras la cortina... Hasta que el niño se coma su *rabaní*, se beba su *sumada* y llegue la hora de irse... *El tío está enfermo. El tío duerme...* Siempre preguntaba por ti mi cielo... Ella no le dejaba que subiera a verte. ¿El qué iba a ver?... Cada primero de noviembre, a primera hora de la tarde, a plena luz del día llegaba... Y ella plantada allí fuera y de un lado para otro... A mi casa no volverá a entrar y lo sabe. Bastante he ido de buena... No te pongas a su altura, decía yo. Dignidad, decía yo. Pero todo tiene un límite... A mí no me toma por tonta... En mi propia casa... Y él estaba más alto y más guapo de un año para otro. Dejé de señalar con el dedo y de preguntar... Ahora se ha hecho mayor y es todo un hombre, ha cumplido los treinta. Y viene a verme siempre el mismo día... Él solo... Y yo: *Cosmás, mi rey, un detallito por tu santo*. Ahora que sé que se lo queda él, se lo doy de corazón... Es rubio y apuesto, como tú. Romperá corazones... Lo de *madrina* sin embargo no se le ha quitado... Aprende a hablar, hombre. Aprende como yo, que cambié mi forma de expresarme... Pero también aprendí a callar; a callar y a esperar... *Madrina, busca una persona que te ayude, que te haga compañía. Algo te hará falta...* ¿Qué voy a necesitar yo? Todo lo tengo aquí, a mi alrededor...

Escaleras arriba y abajo, dos corredores y un sótano son mi vida. ¿A quién voy a meter aquí?... *Vamos a buscarte a alguien, una muchacha formal que cuide del tío...* Ya me las conozco yo a las muchachas formales. Cierras los ojos un momento y son capaces de abalanzársete en la cama... ¿Qué iba a decirle? ¿Las indecencias de su madre?... Pregunta siempre por ti... Mejor, hijo, le digo, mejor.... Sin embargo no dice de verte. No ha salido a ella. Y el dinero lo acepta por la fuerza... Es un buen chico este Cosmás. ¿Qué culpa tiene el pobre?... *Tengo una vecina, viuda, buena persona. ¿Te la mando para que te ayude una o dos veces a la semana?*... De eso nada... ¿Qué iba a decirle?... *Bueno, ya que no aguantas a las viejas, pon entonces un anuncio. Hay algunas estudiantes que tienen la tarde libre. Escríbelo y yo lo llevaré al periódico...* ¿Cómo se me ocurrió escucharlo?... Me fue persuadiendo con sus palabras... ¿Y cómo iba a decirle que no? A contrariarlo... Y mira ahora, ha sonado el teléfono... No nos dejarán tranquilos... ¿No la habrá mandado ella? ¿Para que te traiga sus recados? Pero no te preocupes, ya me encargaré yo. No quiero más escándalos ahora a la vejez... Nadie pondrá el pie aquí arriba. Nadie te molestará... Sea quien sea lo despacharé enseguida... Ahora tranquilízate, tranquilízate... Mañana otra vez... Vendré por la mañana a ver cómo estás.